



## ENCUENTRO DE NAVIDAD 2021 La contemplación del pesebre en la escuela del P. Chevrier

### Seminaristas

28 de diciembre

### LA CONVERSIÓN DE UN SACERDOTE EN PARROQUIA

NAVIDAD DE 1856

El Prado Nació junto al pesebre de la Iglesia de San Andrés de la Guillotière.

Ordenado sacerdote a la edad de veinticuatro años, Antonio Chevrier fue nombrado vicario en la parroquia de San Andrés de la Guillotière en 1850, en el burgo obrero de Lyon.

Entonces, la aglomeración lionesa se encontraba apenas en plena expansión industrial y demográfica<sup>1</sup> y el barrio de la Guillotière se parecía a lo que son ahora las afueras de numerosas ciudades de los países del Tercer Mundo. Las casas, de muros de ladrillo o de barro, estaban diseminadas en medio de numerosos establecimientos industriales, entre los que se amontonaba una población proveniente principalmente de los campos vecinos. Fuera de los ejes principales, las calles no estaban pavimentadas. No había ni alcantarillas ni agua corriente.

En este lugar, Antonio Chevrier, joven sacerdote, descubriría en poco tiempo, mediante los actos de su ministerio y sus contactos con la gente, hasta qué punto “la irreligiosidad se ha esparcido entre el proletariado francés”.<sup>2</sup>

Chevrier comprobó que la mayoría de los padres que enviaban a sus hijos al catecismo de la parroquia, “salvo algunas familias cristianas”, hacían poco caso de la piedad y contradecían la instrucción del sacerdote mediante sus ejemplos y palabras. La mayoría de los niños nunca veían rezar a sus padres ni mucho menos ir a la iglesia para escuchar misa o para confesarse.<sup>3</sup> Con ocasión de los bautismos, Chevrier se sorprendió por el “pequeño número de padres que conocen su religión, y que podrían enseñarla a sus hijos”. Muchos hombres “ignoran esta oración fundamental que todo cristiano debe saber, símbolo de nuestra fe, porque no la rezan nunca. ¡Ay! –suspira– si hay que juzgar la ciencia religiosa por lo que vemos todos los días bajo nuestros ojos, ¡a qué bajo grado

---

<sup>1</sup> Lyon, que contaba con 110 000 habitantes en 1801, tenía 177 000 en 1851. Su población será de 342 000 habitantes en 1876. La Guillotière ve pasar su población de 7 000 personas en 1815 a 22 000 en 1836, 43 500 en 1851, 87 700 en 1861, 101 400 en 1866 y 124 200 en 1876.

<sup>2</sup> “Es un fenómeno notable el ver cómo, al contrario del siglo XVIII, la religiosidad se encuentra ahora en la clase media y la clase alta, mientras que la irreligiosidad, por el contrario, ha descendido al proletariado francés” (Karl Marx, Carta a Feuerbach, 1844).

<sup>3</sup> Cf. Sermón para el domingo antes de la primera comunión, 1852, Ms 3/40. Los sermones que el padre Chevrier pronunció en San Andrés y cuyos textos hemos conservado, son prácticamente los únicos testimonios directos que tenemos para estudiar este periodo de su vida.

desciende entre nosotros! De veinte bautismos que hacemos en un mes, no hay ni quince parroquianos que sepan el Credo”.<sup>4</sup> Los niños no encuentran “en su familia esta instrucción primera que es el fundamento de toda instrucción subsecuente”.<sup>5</sup>

Después de la primera comunión, solamente algunos niños perseveraban. Una vez cumplido “este gran acto de la vida”, decía Antonio Chevrier, muchos “se alejan de nosotros”; “olvidan muy pronto su promesa y nadie está ahí para recordársela”.<sup>6</sup> “En vano lanzamos en estas jóvenes almas las primeras semillas de una vida cristiana”.<sup>7</sup>

En la parroquia, mucha gente moría sin que alguien viniera a buscar al sacerdote para entregarle los últimos sacramentos.<sup>8</sup> Reinan en el pueblo “muchos tristes prejuicios contra los sacramentos que se administran a los enfermos”. “Se dice que los sacramentos hacen morir y, a causa de este temor, no se llama al sacerdote”. “Si hacemos que se llame al sacerdote, dice la gente, su presencia asustará al enfermo” y, bajo este sencillo pretexto, se difiere, se retrasa, se espera y sucede que, para no asustarlo, se le deja morir. “¿Es esto –preguntaba Antonio Chevrier– tener una fe bien clara?”.<sup>9</sup>

A juicio de Chevrier, había incluso otro indicio para comprobar que la vida espiritual era de lo que menos importaba a la comunidad: muchos cristianos se conformaban con venir “cada año en tiempo de Pascua para confesar sus faltas, es decir, repetir las mismas faltas que las que dijeron el año anterior, hace dos años, tres años, y precedentemente”.<sup>10</sup>

A propósito del matrimonio, Chevrier notaba que “se le considera más un acto civil que un acto religioso [...] Se piensa sólo en lo primero, se descuida lo segundo”<sup>11</sup>. Se entra en él sin fe, se entra en él sin consejo, se entra en él con la conciencia cargada de pecados”<sup>12</sup>. Por otra parte, él no podía comunicar estas reflexiones sobre el matrimonio sino ante un auditorio de mujeres, pues en la impartición de estas instrucciones destinadas a los esposos y a las esposas, como lo hace observar él mismo, la mayoría de los hombres estaban ausentes.<sup>13</sup>

Aunque no encontramos en el padre Chevrier alguna reflexión teórica sobre las causas del crecimiento de la irreligión en la clase obrera francesa del siglo XIX, su sentido pastoral, en contacto con los habitantes de la Guillotière, le hace presentir que éstas deben buscarse en la miseria que pesa sobre el proletariado.

En un sermón sobre el amor a los pobres, él habla precisamente del “espectáculo cada vez más espantoso de la miseria humana que crece. Se diría, a medida que los grandes de la tierra se enriquecen, a medida que las riquezas se encierran en algunas manos ávidas que las buscan, la pobreza crece, el trabajo disminuye, los salarios no se pagan. Vemos a los pobres obreros trabajar desde el alba hasta ya bien entrada la noche y ganar apenas su pan y el de sus hijos. Sin embargo, ¿no es el trabajo el medio para comprar pan?”<sup>14</sup>

En una predicación de 1852 consagrada a la educación cristiana, comprueba con dolor: “Hay que ver a los niños de nuestros días, el cuidado que se pone en hacerlos aptos para ejercer tal o cual arte u oficio, y el olvido en el que están para todo lo que se refiere a su salvación o a su moralidad; se diría

---

<sup>4</sup> Id.

<sup>5</sup> Instrucción sobre los Catecismos, Ms 3/1.

<sup>6</sup> Instrucción sobre la segunda comunión, Ms 3/41b; cf. También: Sermón sobre la educación cristiana, 1852, Ms 3/2.

<sup>7</sup> Sermón sobre la educación cristiana, 1852, Ms 3/2.

<sup>8</sup> Sermón para el domingo antes de la primera comunión, 1852, Ms 3/40.

<sup>9</sup> Instrucción para la Extremaunción, Ms 4/45.

<sup>10</sup> Sermón sobre el espíritu cristiano, Ms 3/31.

<sup>11</sup> Instrucción sobre el matrimonio, Ms 4/47a.

<sup>12</sup> Id.

<sup>13</sup> Id.

<sup>14</sup> Sermón sobre el amor a los pobres, Ms 4/57.

que no tienen otro destino que las máquinas alrededor de las que se mueven, o más aún, como lo ha dicho alguien [son] máquinas de trabajo hechas para enriquecer a sus dueños.<sup>15</sup> El padre y la madre trabajarán más en volver al niño flexible y sutil para malear el metal y el vidrio<sup>16</sup> que en preparar su alma y disponerla a la virtud. He aquí en qué consiste hoy en día la principal educación de los niños”.<sup>17</sup> En otro sermón, sin fecha, que hizo para anunciar la apertura de los catecismos, habla del “triste cuadro que nos ofrecen nuestras grandes ciudades”. “En los numerosos talleres, el trabajo absorbe por completo [a los obreros], que ya no frecuentan la iglesia, que han olvidado la enseñanza religiosa, debido a que la fábrica, el taller, la mecánica ponen sobre ellos el trabajo de todos los días y de todas las horas, so pena de faltarles el pan”.<sup>18</sup>

“Es muy doloroso –añade– ver en nuestros días la instrucción religiosa tan abandonada en las familias. Muchos padres no se preocupan sino por la vida material del cuerpo y no piensan en el alma de estos pobres niños. Apenas son capaces de caminar, de agarrar un instrumento, que ya se piensa en utilizar su cuerpo para hacer ganar el poco pan que comen y, para ello, se expone su virtud, su inocencia, su salud en estos muchos talleres donde no se encuentra frecuentemente sino escándalo en las acciones, licencia en las palabras, malos ejemplos en la conducta de quienes los rodean; y estos pobres niños sin experiencia y sin fuerza para resistir al mal [...] conocen el mal antes de saber el bien [...], aprenden a blasfemar contra Dios antes de bendecirlo, a desconocer, a despreciar la religión antes de saber apreciar sus dulzuras”<sup>19</sup>.

Muchos padres, además, sólo llevan a sus hijos a hacer la primera comunión “porque sin ello no los pueden recibir en un taller, en el comercio”<sup>20</sup> y si, el día de la comunión, no siguen a su hijo a la mesa santa, es porque no han “comido desde hace mucho tiempo sino el pan del dolor”<sup>21</sup>.

Antonio Chevrier no podía ver a esos adolescentes a quienes se había dejado “sumir en una vergonzosa ignorancia” y que “llegan a una edad muy avanzada sin haber frecuentado ninguna escuela, o asistido a ningún catecismo”. Dirigiéndose a los cristianos de la parroquia, un día, en su predicación, lanzó un primer llamado: “Si encontraran algunos de estos niños, si conocieran algunos, no duden en traérmolos; nosotros les enseñaremos el catecismo aparte, a una hora en que les pueda convenir, después de su trabajo, a fin de que no se les prive de la instrucción necesaria para la salvación y de que no seamos responsables de su ignorancia”.<sup>22</sup>

Los parroquianos de San Andrés no lograron “llevarle” a estos jóvenes que ignoraban todo de Dios. Entonces, muy pronto, Chevrier decidió ir él mismo hacia ellos para buscarlos y anunciarles la Buena Nueva de Jesús Salvador: ésta sería su “conversión”.

---

<sup>15</sup> “Los pequeños del pueblo, escribía Proudhon en 1858, son educados para la explotación, como los pequeños de los animales para el consumo” (*De la Justice*, t. 2, p. 382).

<sup>16</sup> “Cerca del Rhône se había formado una aglomeración obrera considerable, alrededor de numerosas fábricas de vidrio, cristal y vitriolo” (C. Chambost, *Le Vénérable Antoine Chevrier*, p. 42; cf. En el mismo sentido J. F. Six, *Un prêtre, Antoine Chevrier, fondateur du Prado*, p. 90).

<sup>17</sup> Sermón sobre la educación cristiana, 18/52, Ms 3, 2.

<sup>18</sup> Instrucción sobre los catecismos, Ms 3/1.

<sup>19</sup> Id.

<sup>20</sup> Sermón para el domingo antes de la primera comunión, 1852, Ms 3/40.

<sup>21</sup> Id.

<sup>22</sup> Instrucción sobre el catecismo, Ms 3/1.

## NAVIDAD DE 1856

En ese año, se suscitó un evento, de orden espiritual, que estremeció la existencia de Antonio Chevrier, ordenado sacerdote seis años antes para el servicio de la diócesis de Lyon.

Era la noche de Navidad. Él oraba ante el pesebre del Niño Dios. Comprendió entonces que para unirse a aquellos hombres y mujeres pobres en medio de los que vivía y que eran amados por el Padre, tendría que comprometerse resueltamente, con la fuerza del Espíritu Santo, en el camino que el Hijo de Dios tomó el día de su Encarnación.

Otros eventos habían preparado lo que fue entonces para él un encuentro determinante con la persona de Jesús: el descubrimiento de la inmensa miseria de los pobres, engrandecida todavía más por las terribles inundaciones de 1856 que habían devastado toda la ribera izquierda del Rhône; la de sus propios límites, incluso en el plano de su salud, ya que había debido interrumpir todas sus actividades pastorales de diciembre de 1855 a marzo de 1856; finalmente la de san Francisco de Asís, cuya hagiografía acababa de leer y cuyo ejemplo no podía sino inspirarlo.

El padre Chevrier no dejó ningún escrito sobre la experiencia de Navidad de 1856. Sólo conocemos el evento por lo que nos dicen, mucho más tarde, las personas a las que había hablado de ello.

La tradición pradosiana retuvo principalmente, para meditarlo sin cesar, el testimonio de Jean-Marie Laffay, que era uno de los alumnos de la Escuela Clerical del Prado en los últimos años de vida del padre Chevrier: “Recuerdo que nos dijo una vez a la hora del descanso mientras estábamos reunidos a su alrededor -creo que era la víspera de las vacaciones- : ‘Hijos míos, hay que amar la pobreza del Prado, porque es de la pobreza que ustedes deben alimentarse para poder aspirar al sacerdocio’, y agregó que fue al meditar sobre la Encarnación ante el pesebre del Niño Jesús que decidió entregarse a Dios: ‘Yo me decía : «El Hijo de Dios descendió sobre la tierra para salvar a los hombres y convertir a los pecadores y, sin embargo, ¿qué vemos? ¡Cuántos pecadores hay en el mundo! Los hombres siguen condenándose». Entonces decidí seguir a Nuestro Señor Jesucristo más de cerca para volverme capaz de trabajar eficazmente en la salvación de las almas, y mi deseo es que ustedes también sigan a Nuestro Señor de cerca’.”<sup>23</sup>

Jean-Marie Laffay agrega: “No es el texto exacto de esta entrevista y me arrepiento de no haberlo copiado en ese momento, pero certifico la sustancia y el pensamiento”.<sup>24</sup> También declara: “El padre Chevrier llamaba a este día el día de su conversión”. “Es el misterio de la Encarnación lo que me convirtió”. Él entendía por conversión la firme resolución de abandonarlo todo para seguir a Jesucristo en la devoción a las almas y la pobreza”.<sup>25</sup>

---

<sup>23</sup> Proceso de beatificación, vol. 2, deposición de Jean-Marie Laffay, art. 20.

<sup>24</sup> Id.

<sup>25</sup> Id.

La Hermana Véronique narra, por su parte, que el padre Chevrier dijo un día en el Prado: “Fue en San Andrés que nació el Prado. Fue al meditar en la noche de Navidad sobre la pobreza de Nuestro Señor y su humillación entre los hombres que resolví abandonarlo todo y vivir lo más pobremente posible”.<sup>26</sup>

La Hermana Joséphine se expresa como Jean-Marie Laffay: “Al Padre le gustaba mucho el misterio de la Encarnación. Él decía: ‘Es el misterio de la Encarnación el que me convirtió.’” Y agrega: “Él llamaba ‘su conversión’ al momento en que abandonó todo para seguir a Jesucristo en la pobreza y en el sufrimiento”.<sup>27</sup>

La meditación que hizo aquella noche decidió la orientación de toda su vida. “Mi vida fue fijada a partir de ese momento”, declaró Chevrier un día a la Srta. De Marguerye.<sup>28</sup>

Para Chevrier, pero también para todos los que formarían parte de la familia pradosiana, se abría un camino, un itinerario, que sería calcado sobre el camino humano de Jesús desde el pesebre hasta el calvario, el camino del Siervo que “de rico que era, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza”.<sup>29</sup>

Aunque el padre Chevrier no escribió nada sobre el momento mismo de la experiencia de Navidad de 1856, existen textos de esta época que dan testimonio de los primeros efectos de gracia en la vida de aquél que quiso sin retraso convertirse en el verdadero siervo de Dios y de sus pobres.

---

<sup>26</sup> Proceso de beatificación, vol. 2, deposición de la hermana Véronique, art. 20.

<sup>27</sup> Proceso de beatificación, vol. 1, deposición de la hermana Joséphine, art. 82.

<sup>28</sup> Proceso de beatificación, vol. 1, deposición de la Srta. de Marguerye, art. 277. Se encontrará en las páginas 25 a 30 del libro *El Cristo del padre Chevrier* una presentación más desarrollada de este evento de gracia, así como un análisis de los testimonios recogidos de las personas que lo conocieron.

<sup>29</sup> Cf. 2Co 8, 9.